

La (no) eternidad del mundo en Santo Tomás de Aquino

José Luis Irarrázaval
Universidad de los Andes, Chile
jlirrazaval@miuandes.cl

Resumen: El presente artículo busca presentar de manera sintética la postura de Tomás de Aquino en torno al problema de la eternidad del mundo. En primer lugar, se describe el contexto histórico-controversial en el que se enmarcan los escritos del Aquinate sobre este tema. Luego, se sostiene que, para dar una visión completa de su postura, se debe aludir a cuatro afirmaciones diferentes, y precisar el sentido exacto de cada una de ellas.

Palabras clave: eternidad, tiempo, creación, Tomás de Aquino.

Abstract: This article seeks to present in a synthetic way the position of Thomas Aquinas on the problem of the eternity of the world. First, it describes the historical-controversial context in which Aquinas' writings on this topic are framed. Then, it is argued that, in order to give a complete view of his position, one must allude to four different statements, and specify the exact meaning of each of them.

Keywords: eternity, time, creation, Thomas Aquinas.

Introducción

Transmitir de manera sencilla, atractiva y precisa la filosofía de Santo Tomás de Aquino es una tarea que entraña cierta dificultad. Parte de esta dificultad es, en cierto modo, inevitable, dada la complejidad y extensión de su obra. Otra parte es, en cambio, evitable, si se da con un tema inicial cuyos términos sean sencillos y que suscite genuino interés. Este artículo es, por tanto, una apuesta: introducir un tema de la filosofía del Aquinate que genere atención por sí solo, y que, pese a ser un tópico más bien derivado de su obra, sea un buen puente hacia temas más fundamentales. El tema propuesto es el de la eternidad del mundo.

Más allá de su indudable vínculo con temas de cosmología contemporánea¹, el problema de la eternidad del mundo es uno cuyos términos resultan familiares: el mundo en el que vivimos, ¿comenzó a existir en un determinado instante o, por el contrario, ha existido desde siempre? Si hubiera existido desde siempre, ¿podríamos seguir sosteniendo que el mundo es algo creado por otro ser superior, causado por otro? ¿Se puede demostrar filosóficamente que el mundo comenzó a existir, o ello solo puede saberse porque Dios lo ha revelado? Y lo interesante es que Santo Tomás, al responder clara y directamente a estas preguntas, da a su vez muchas luces sobre la manera en que entiende lo que es la creación, las causas, el movimiento, entre otros varios conceptos que, sin un acercamiento a través de problemas que susciten genuino interés, resultan difíciles de comprender.

Por este motivo, en el presente trabajo se ofrece una breve introducción al tema de la eternidad del mundo en Santo Tomás de Aquino, que intenta, por un lado, aclarar el contexto en el cual se enmarcan los escritos del Aquinate sobre este problema y, por otro, dar una idea precisa de qué es lo que dicho autor sostuvo al respecto.

I. La controversia y su contexto

Resulta útil, en primer lugar, reparar en el hecho de que el Aquinate, en este tópico, se oponía a dos grupos de pensadores, contemporáneos suyos,

¹ Sobre este vínculo, véase, por ejemplo, Wallace (1974), Carroll (2012) y Zimmerman (2020).

pertenecientes a las escuelas de Artes y de Teología de la Universidad de París: el “averroísmo latino”, por un lado, y el “agustinismo escolástico”, por otro. A continuación, se expone la posición de cada uno de estos grupos, y cuál es la respuesta de Santo Tomás frente a ellos.

Con su postura respecto a la eternidad del mundo, Santo Tomás se opone, por un lado, a representantes del “averroísmo latino”², como Siger de Brabante y Boecio de Dacia, quienes, basándose en argumentos de Aristóteles y en la difundida interpretación averroísta de ellos, sostenían que, según la razón filosófica, el mundo debía ser eterno (cf. Weisheipl, 1994: 317). Contra ellos, el Aquinate defiende que no necesariamente el mundo ha existido siempre.

Ahora bien, los averroístas contaban con diversos argumentos que pretendían probar filosóficamente la tesis de que el mundo no podía tener un comienzo, sino que debía ser eterno. Entre otras razones, aducían el argumento aristotélico (cf. *Phys.*, VIII, 1) según el cual todo movimiento debe ser antecedido por otro movimiento, pues nada comienza a moverse sin un cambio que preceda a dicho movimiento, ya sea un cambio en lo que es movido (móvil) o un cambio en lo que mueve (motor) (cf. *Contra Gentiles*, lib. 2 cap. 33 n. 4). Y la respuesta a este argumento en particular es que “el primer motor permaneció siempre inmutable; no así el primer móvil, que comenzó a existir después de no haber existido. Sin embargo, no se verificó esto por mutación, sino por creación, que no es verdadera mutación” (I^a q. 46 a. 1 ad 5)³.

Pero –cabría preguntarse–, si el primer motor permaneció siempre igual, ¿no es necesario que haya causado desde siempre lo mismo? Es decir, si es inmutable ¿no es necesario que creara el mundo desde siempre? No, pues “el primer agente es un agente voluntario, y, aunque haya tenido eternamente la voluntad de producir algún efecto, no por eso ha producido

² Para una discusión sobre la pertinencia de esta denominación, véase Torrell (2002: 210).

³ “Primus motor semper eodem modo se habuit primum autem mobile non semper eodem modo se habuit, quia incoepit esse, cum prius non fuisset. Sed hoc non fuit per mutationem, sed per creationem, quae non est mutatio”.

efecto alguno eterno” (I^a q. 46 a. 1 ad 6)⁴. Dicho de otro modo, Dios tuvo eterna e inmutablemente la voluntad de crear un mundo que *no* fuera eterno.

Por otro lado, Santo Tomás se opone a representantes del denominado “agustinismo escolástico”, como Juan Peckham, quien afirmaba que el hecho de que el mundo no fuera eterno, sino que tuviera un comienzo en el tiempo, es conclusión necesaria de la razón filosófica (cf. Weisheipl, 1994: 329). Contra estos, Santo Tomás defiende que ni la eternidad del mundo ni su comienzo en el tiempo son demostrables apodícticamente (cf. I^a q. 46 a. 2 co.).

Esto último marca la diferencia entre lo que defendía Santo Tomás y lo que pensaban algunos de sus colegas en la Facultad de Teología –sus adversarios agustinistas– respecto a la eternidad del mundo: al igual que ellos, creía Santo Tomás que, de hecho, el mundo había tenido un comienzo; pero, a diferencia de ellos, él sostenía que dicha certeza no podía fundamentarse únicamente en argumentos filosóficos, sino que provenía ante todo de la fe. Por cierto, cabe aclarar que la postura del Aquinate no supone aquí una oposición entre razón y fe, pues no afirma que, en este punto, se deba adherir a una verdad de fe que sea contraria a la razón, sino a una verdad que, aunque razonable (no irracional), no es alcanzable solo por medio de la razón, sin el auxilio de la fe revelada.

Para sus adversarios agustinistas, en cambio, el hecho de que el mundo comenzó a existir es una verdad que puede demostrarse filosóficamente, sin recurrir necesariamente a la fe. Entre otras razones, aducían la incompatibilidad entre ser creado y existir desde siempre, toda vez que las causas deben preceder temporalmente a sus efectos; y, como se puede demostrar filosóficamente que el mundo ha sido creado (punto en el cual Santo Tomás concuerda), entonces no pudo existir desde siempre. Frente a este argumento, Santo Tomás replica que no hay incompatibilidad entre ser creado y existir desde siempre, pues no siempre la causa debe anteceder temporalmente al efecto, como la luz no antecede al cuerpo iluminado, aunque sea la causa de que esté iluminado (cf. *De aeternitate mundi*, §4). Es

⁴ “Primum agens est agens voluntarium. Et quamvis habuit voluntatem aeternam producendi aliquem effectum, non tamen produxit aeternum effectum”.

decir, la relación causa-efecto no siempre va acompañada de una relación anterior-posterior en el tiempo. De este modo, no es contradictorio pensar que algo exista desde siempre, y que, a la vez, sea causado por otra cosa. Otro ejemplo para ilustrar el punto lo toma de San Agustín (cf. *De Civitate Dei* X, c. 31), quien, a su vez, dice tomarlo de los platónicos: si un pie existiera desde siempre pisando la tierra, la huella sería efecto del pie que la pisa, y, aun así, existiría siempre, aunque siempre causada por el pie⁵.

II. La postura de Santo Tomás

Cuando se habla del problema de la “eternidad del mundo” en Santo Tomás, no se debe entender por “eternidad” la *perfecta posesión simultánea y total de una vida interminable*, de acuerdo con la clásica definición de Boecio⁶, que se aplica solo a la divinidad. Al preguntarse aquí por la eternidad del mundo, no se busca averiguar si el universo creado posee o no el atributo divino de ser eterno, sino que se habla de “eternidad” en un sentido más bien impropio. La pregunta que se plantea no es si el mundo fue eterno en sentido estricto, aunque sea ese el término que se utilice: la pregunta es, más bien, si acaso el mundo ha sido o no temporalmente infinito. Por lo tanto, en este contexto, hay que entender “eternidad” meramente como “infinitud temporal”. Y lo que interesa es, sobre todo, la infinitud temporal del pasado, no la del futuro. Es decir, el problema de la eternidad del mundo aquí se refiere a la cuestión de si el mundo ha existido (o ha podido existir) desde siempre o si, en cambio, ha tenido un comienzo (cf. Kretzmann, 1999: 142 y ss.).

Hecha esta aclaración terminológica, se ofrece aquí un resumen de la postura que toma el Aquinate en las distintas discusiones que en su época surgieron en torno al tema señalado. Ella, a grandes rasgos, puede resumirse en las siguientes cuatro afirmaciones:

- 1) No es necesario que el mundo haya existido desde siempre.
- 2) El mundo tuvo, de hecho, un comienzo en el tiempo, y ello es creíble por la fe, pero no es estrictamente demostrable.

⁵ *De potentia*, q. 3 a. 14 arg. 7; I^a q. 46 a. 1 ad 1; *De aeternitate mundi*, §15.

⁶ *De consolacione philosophiae* 1.5 prosa 6.

- 3) Dios no carecía del poder necesario para crear un mundo desde siempre.
- 4) “Ser creado” y “existir desde siempre” no son términos incompatibles.

A continuación, nos detendremos brevemente en cada una de estas afirmaciones.

En primer lugar, el Aquinate defiende con diversos argumentos que no necesariamente el mundo ha existido desde siempre (cf., por ejemplo, *Contra Gentiles*, lib. 2 cap. 31), y se hace cargo de un amplio elenco de razones que buscan probar lo contrario, muchos de ellos provenientes de Aristóteles, de Averroes, o de seguidores de uno u otro (cf., por ejemplo, *Contra Gentiles*, lib. 2 caps. 32-37). Como se señaló en el apartado anterior, esta es la tesis que Santo Tomás defiende contra los representantes del “averroísmo latino”.

Con esta primera afirmación, Santo Tomás salvaguarda la tesis más general de la compatibilidad entre razón y fe. En efecto, algunos autores contemporáneos suyos, como el ya mencionado Siger de Brabante, sostenían que, por un lado, era necesario creer que el mundo había tenido un comienzo pues ello era una verdad de fe, pero que, a la vez, la tesis contraria –i. e. que el mundo es eterno– era una conclusión necesaria de la razón. En vista de este error, el Aquinate refuta los argumentos filosóficos que pretenden probar la eternidad del mundo, y afirma positivamente que aquello no es una conclusión necesaria de la razón, con lo cual preserva la racionalidad del dato revelado.

La segunda afirmación es, en cambio, una de las que el Aquinate sostiene contra el “agustinismo escolástico”. La tesis de Santo Tomás es que, si bien es verdadero que el mundo ha comenzado a existir, dicha verdad solo puede sostenerse por la fe y no se puede demostrar apodícticamente, pues la determinada duración del universo no puede deberse ni a una necesidad impuesta por otra criatura (pues el universo abarca todas las criaturas), ni a una necesidad impuesta por la naturaleza misma del universo (pues el tiempo es extrínseco a la cosa), ni a una limitación de la potencia divina (pues es infinita), con lo cual solo puede deberse a un designio libérrimo de la voluntad soberana de Dios (cf. *De potentia*, q. 3 a. 17 co.). Dicho de otro modo, el

porqué básico de que el mundo haya existido con un comienzo y no desde siempre no es otro que el hecho de que Dios lo quiso así libremente, de modo que no es algo que se pueda demostrar en el sentido de encontrarle una razón científica, pero sí es algo que se puede creer, porque Dios ha manifestado al hombre que su voluntad fue tal (cf. I^a q. 46 a. 2 co.). Otra manera de explicar el punto es la que se encuentra en el *Comentario a las Sentencias*. Allí Santo Tomás describe diversas posturas posibles respecto a la eternidad del mundo, y presta su apoyo a una de ellas, que resume del siguiente modo: “todo lo que existe –excepto Dios– empezó a existir. Sin embargo, Dios pudo producir las cosas desde la eternidad, de modo que no se puede demostrar que el mundo comenzó a existir, sino que solo por revelación divina ha sido eso mantenido y creído” (*Super Sent.*, lib. 2 d. 1 q. 1 a. 5 co.)⁷.

En el pasaje recién citado se contiene ya la tercera afirmación: “Dios pudo producir las cosas desde la eternidad”. Ahora bien, hay dos maneras distintas de entenderla, y solo una de ellas es correcta en este contexto. En general, cuando se pregunta si algo pudo haber ocurrido de otra manera, la pregunta puede buscar dos cosas: o bien, saber si algo efectivamente ocurrió de una manera distinta a la que se cree; o bien, saber si algo pudo haber ocurrido de una manera distinta a la que de hecho ocurrió. Por ejemplo, al preguntar si pudo Paul McCartney haber muerto años atrás, esta pregunta puede buscar dos cosas: o bien, saber si efectivamente Paul McCartney murió años atrás, como afirman ciertas teorías conspirativas; o bien, saber si, a pesar de que de hecho Paul McCartney no ha muerto, pudo haber muerto años atrás si, por ejemplo, hubiera sufrido un accidente cardíaco. Esta distinción, sobre la que advierte Wilks (1994), es relevante en este caso, pues Santo Tomás, al aceptar que “Dios pudo producir las cosas desde la eternidad”, no aminora el grado de certeza en la creencia de que el mundo tuvo de hecho un comienzo en el tiempo y no existió desde siempre. Su punto es que, aunque de hecho Dios creó el mundo con un comienzo y no haya dudas acerca de eso, podía –si se quiere, hipotéticamente– haberlo creado desde la eternidad.

⁷ “Omne quod est praeter Deum, incepit esse; sed tamen Deus potuit res ab aeterno produxisse; ita quod mundum incepisse non potuit demonstrari, sed per revelationem divinam esse habitum et creditum”.

Como se ha dicho, el Aquinate acepta que Dios pudo haber creado el mundo desde la eternidad. Pero esto es algo que no parece conforme a lo que comúnmente se entiende por “creación”. ¿Acaso ser creado no implica comenzar a existir en un determinado momento? En efecto, se tiende a asociar la acción creadora con el comienzo temporal de aquello que es creado. En este caso concreto, el hecho de que el mundo sea criatura de Dios tendería a asociarse al hecho de que el mundo tenga un comienzo temporal tras el término de la acción creadora. Ambas cosas, ser creado y comenzar a existir en un instante determinado, pareciera que van de la mano. Más aún, podría pensarse que ser creado y existir desde siempre son términos mutuamente incompatibles. Podría incluso traerse a colación una de las vías que Santo Tomás ofrece para sostener la existencia de Dios, según la cual no es posible retroceder al infinito en las causas eficientes, sino que debe existir una primera causa que dé comienzo absoluto a la cadena (cf. I^a q. 2 a. 3 co.), lo que no parece compatible con la existencia eterna del mundo.

Sin embargo, en concordancia con su aceptación de que Dios pudo crear el mundo desde la eternidad, Santo Tomás defiende –y esta es la cuarta afirmación– que ser creado y existir desde siempre no son términos incompatibles: “Así pues, resulta patente que, al decir que algo está hecho por Dios y nunca dejó de existir, no hay repugnancia alguna del entendimiento” (*De aeternitate mundi*, §15)⁸. Otros contemporáneos suyos sostuvieron que Dios, por su omnipotencia, podía crear el mundo desde siempre, aunque ello en sí mismo fuera imposible, por contener una contradicción en los términos (cf. *Super Sent.*, lib. 2 d. 1 q. 1 a. 5 co.). En cambio, Santo Tomás sostiene que, además de ser falso que Dios pueda hacer algo contradictorio en sí mismo, ni Dios carecía del poder para crear eternamente el mundo, ni ello era en sí mismo contradictorio (cf. *De aeternitate mundi*, §§4-6). Sobre los reparos que espontáneamente genera la idea de algo que sea a la vez creado y sin comienzo, el Aquinate se hace cargo de ellos en varias de sus obras, pero, de manera más completa, lo hace en los párrafos 6 a 21 del opúsculo *De aeternitate mundi*. Respecto a la presunta incongruencia entre esta postura y alguna de las cinco vías, no hay incompatibilidad alguna entre ellas: la sucesión

⁸ “Sic ergo patet quod in hoc quod dicitur, aliquid esse factum et nunquam non fuisse, non est intellectus aliqua repugnantia”.

entre el creador y la criatura, tanto aquí como en las cinco vías, no es principalmente una sucesión temporal, sino una dependencia ontológica; se trata, en ambos casos, de una superioridad en el ser, y no necesariamente de una anterioridad en el tiempo (cf. Saranyana, 1973: 5).

Conclusión

A modo de síntesis, podría decirse que la postura de Santo Tomás se sitúa entre dos extremos que considera erróneos. Algunos, desde un extremo, pretendían demostrar que el mundo era eterno, pero el Aquinate mostró la insuficiencia de sus argumentos y sostuvo que, al contrario, el mundo había tenido un comienzo y ello no era un hecho incompatible con la razón. Otros, desde el extremo opuesto, pretendían demostrar filosóficamente que el mundo había tenido un comienzo, pero el Aquinate mostró también la insuficiencia de sus argumentos y sostuvo que, si bien el comienzo del mundo es un hecho cierto, no es algo que pueda demostrarse filosóficamente ni afirmarse con certeza sin el auxilio de la fe revelada, por cuanto la creación *ab aeterno* del mundo no es una idea contradictoria en sí misma y Dios, si así lo hubiese querido (aunque de hecho no lo quiso), podía haber creado un mundo desde siempre.

Referencias

- Agustín de Hipona (1844-1864), *De civitate Dei*. En Migne, J.-P. (ed.), *Patrologiae Cursus completus. Series latina*, vol. 41 (París).
- Aristóteles (2011), *Física*. Traducción y notas de Guillermo R. de Echandía (Madrid: Gredos).
- Boecio (1844-1864), *De consolazione Philosophiae*. En Migne, J.-P. (ed.), *Patrologiae Cursus completus. Series latina*, vol. 63 (París).
- Carroll, W. E. (2012), “Cosmology and Creation: From Hawking to Aquinas”, *Logos (Saint Paul, Minn.)*, 15(1), 134–149.
- Kretzmann, N. (1999), *The Metaphysics of Creation. Aquinas’s Natural Theology in Summa Contra Gentiles II* (Oxford: Clarendon Press).

- Saranyana, J. I. (1973), “La creación ‘ab aeterno’: Controversia de Santo Tomás y Raimundo Martí con San Buenaventura”, *Scripta theologica*, 5: 27-74.
- Tomás de Aquino, *Opera Omnia*, en Alarcón, E. (Ed), *Corpus Thomisticum. Subsidia studii ab Enrique Alarcón collecta et edita Pompaelone ad Universitatis Studiorum Navarrensis aedes ab A.D. MM.*
- (2002), *De aeternitate mundi*. Edición bilingüe traducida por José María Artola, OP. (Madrid: Ediciones Encuentro, S. A.).
- (1959), *Suma teológica. Tomo II-III. 1 q.27-74*. Edición bilingüe dirigida por Alberto Colunga, OP. (Madrid: BAC).
- (2005), *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo. Volumen II/1. La creación: ángeles, seres corpóreos, hombre*. Edición preparada por Juan Cruz Cruz (Pamplona: EUNSA).
- (2005), Osuna, A. (2005), Santo Tomás de Aquino, *Opúsculos y cuestiones selectas. III*. Edición bilingüe coordinada por Antonio Osuna Fernández-Largo (Madrid: BAC).
- (1967), *Suma Contra los Gentiles, I, Libros 1º y 2º. Dios. Su existencia, su naturaleza. La creación y las criaturas*. Edición bilingüe dirigida por Laureano Robles Carcedo, OP. y Adolfo Robles Sierra, OP. (Madrid: BAC).
- Torrell, J.-P (2002), *Iniciación a Tomás de Aquino: su persona y su obra* (Pamplona: EUNSA).
- Wallace, W. A. (1974), “Aquinas on Creation: Science, Theology, and Matters of Fact”, *Thomist*, 38: 485-523. <https://doi.org/10.1353/tho.1974.0039>.
- Weisheipl, J. A. (1994), *Tomás de Aquino. Vida, obras y doctrina* (Pamplona: EUNSA).
- Wilks, I. (1994), “Aquinas on the past Possibility of the World’s Having Existed Forever”, *The Review of Metaphysics*, 48: 299-329.
- Zimmerman, B. (2020), “Is Thomas Aquinas’s Account of Creation Compatible with Contemporary Science?”, *The Australasian Catholic Record* 97: 320–331.